

ADIÓS A UN AMIGO

(Perico Landatxe 12-6-1915 / 15-8-1996)

Atanasio Arruabarrena

El 15 de agosto del pasado año moría Perico Landatxe, tras una enfermedad que le había mantenido retirado durante los últimos dos años de su vida.

Mi conocimiento de Perico se remonta al comienzo de mi vida laboral en La Papelera, donde él trabajaba desde los 14 años. Desde un primer momento se creó entre nosotros una relación de amistad, que salvaba sin ningún problema nuestra diferencia de edad.

Esa amistad se fue consolidando con el paso del tiempo, fundamentalmente en las diferentes salidas al monte y excursiones que realizábamos en período de vacaciones, en compañía también de otros dos amigos hoy fallecidos: Nicolás Etxebeste, y Pablo Iglesias -el sordo-. La jubilación laboral de todos ellos supuso, curiosamente, una mayor libertad para poder aumentar la cadencia de estas salidas y una oportunidad para poder conocer y estimar a Perico, al tiempo que iban saliendo detalles de su vida en las muchas conversaciones que mantuvimos.

Perico había nacido el 12 de junio de 1915 en la calle Santa María, siendo el tercero y más joven de los hijos. Quedó huérfano de padre a los tres años y su madre, mujer brava y de una marcada ideología de izquierdas, que le había hecho merecer el calificativo de "la comunista", se encargó de sacar la familia adelante.

Como tantos otros de su generación, tuvo como maestro de escuela a D. Pedro Indaberea que aunaba una pedagogía de jarabe de palo con actividades de tipo práctico y artístico.

Ya desde esa época, Perico intentó ayudar en casa, aportando los pocos dineros que le producían unos pequeños trabajillos que se buscó, como la venta ambulante de periódicos y el trabajo de botones en el Panier Fleuri.

A los 14 años, comenzó a trabajar en La Papelera (entonces Española), donde permaneció hasta su jubilación, el día 30 de noviembre de 1974.

En todo este tiempo Perico nunca cogió una sola baja por enfermedad ni accidente. Gozó siempre de una espléndida salud hasta su enfermedad definitiva; lo que le permitió llevar una vida de intensa actividad, con una alegría contagiosa. Recuerdo a este respecto que, teniendo unos setenta años y estando ya jubilado, un amigo de su edad le dijo: "...Perico, qué envidia, tú sí que tienes salud...". A lo que Perico le contestó, guiñándome el ojo con complicidad: "...vosotros siempre habéis tenido el dinero, y ahora queréis la salud de Perico...".

En la empresa Perico fue siempre un hombre comprometido sindicalmente, llegando a pertenecer en los tiempos de pre-guerra a la "sección papelera de la UGT". Sus preferencias políticas se acercaban, sin embargo, más al partido comunista, pero en aquellos tiempos este partido no tenía un sindicato específico. Innumerables fueron sus trabajos como enlace sindical y muy importante su participación en la creación del Economato de La Papelera.

Al llegar la guerra, Perico se alista en el batallón Larrañaga, con el que, corriendo hacia atrás, según sus palabras, llegaron



hasta Asturias. Tenía una visión entre triste e irónica de la guerra que le tocó vivir: “Menuda guerra, nunca conquistamos un pueblo”, decía. De Asturias fueron embarcados a Francia, pasando después a Cataluña, donde hace el servicio militar.

Al finalizar la guerra volvió a Rentería, pero una denuncia le llevó al campo de concentración de Miranda de Ebro, pasando después a Algeciras y Tarifa. Se reía con sorna del hambre que pasó durante este período. Hambre que sólo era paliada por la sobras de pan que Pablo Iglesias “el sordo”, que había coincidido en el mismo encierro y ejercía de panadero, le pasaba a escondidas.

Una vez en libertad, vuelve definitivamente a Rentería y se casa el 23 de abril de 1947, en la iglesia de La Asunción, con M^a Emilia Mitxelena Bereau con quien tiene dos hijos: Pedro Mari y M^a Pilar.

Al retomar la normalidad de la vida tras el conflicto bélico y la 1^a preguerra, Perico concedió, como antes también lo había hecho, una gran importancia al cultivo de la amistad, con la alegría y disponibilidad que le caracterizaban.

Perico, junto con otros amigos fue socio fundador de la sociedad Amulleta, y “alma mater” y bodeguero sempiterno de la misma. Quienes tuvimos la suerte de conocer su trabajo en la sociedad y su disposición de ayuda para con todos, nos preguntamos cómo era posible que siempre encontrara el tiempo y el modo de hacerlo, y siempre con una alegría y un humor tal que parecía que el favor se lo hacíamos a él por dejar que nos ayudara.

Este humor, característico de Perico, estaba acompañado de una envidiable mala oreja, que le envió al “fuelle” del órgano, cuando de niño pretendió formar parte del grupo de tiples de la parroquia. Don Bernardo no pareció muy condescendiente con las limitaciones artísticas de Perico. Sin embargo, le gustaba cantar, y cantaba canciones de viejo republicano, que con gusto las aprendimos y cantábamos mil veces con él. No se me va del recuerdo la voz de tenor de Perico, cantando:

“ La tierra será de todos.
No habrá más que productores.
Se acabaron los señores
que vivan sin trabajar.
Todos tendrán que empuñar
el arado y el martillo. ¡Ay, sí!
No quedará ningún pillito. ¡Ay, no!
Que viva sin trabajar. (bis) ”

Perico era muy suyo en esto de las ideas.



Periko Landatxe, Marín
Larrañaga, Boni Otegui, Luis
Elxezarreta, Pedrotxo Otegui y
Valentín Marín.



En el monte Txindoki el 18 de
noviembre de 1979. De
izquierda a derecha: Atanasio
Arruabarrena, Pablo Iglesias,
Perico Landatxe y Nicolás
Echeveste.

No menos característico y ejemplar en Perico, fue el respeto hacia los demás y su ideología. Perico, que era un hombre de profundas y definidas convicciones ideológicas, no tuvo ningún reparo en cultivar la amistad de personas con idearios políticos absolutamente dispares, y ayudarles y servirles a la mesa siempre que se juntaban a cenar. No necesitaba renunciar para ello a su forma de pensar y de ser. Había hecho dentro de sí la reconciliación, desde su bondad y su coherencia. No creo que este ejemplo deba quedar en el olvido.

Termino esta breve semblanza de Perico, citando su último guiño de humor y compañerismo. Siempre había dicho que, cuando él muriera, dejaría un dinero para que los amigos hiciéramos “un chiquiteo” en su honor. A los días de su fallecimiento, su viuda (“Carmen” para nosotros) me entregó un sobre dejado por Perico que contenía una cantidad de dinero considerable, con dicha intención. Ni qué decir tiene que cumplimos su voluntad.

Desde aquí, Perico, te agradezco este último detalle. ✍